

DISCURSO DE CONTESTACIÓN DEL EXCMO. SR D. ENRIQUE DE LA VEGA VIGUERA

EL DIA 1 DE DICIEMBRE DE 1996

Excmo. Sr. Director de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras.

Excmos. Sres. Presidentes de otras academias, y señores académicos.

Dignísimas autoridades, señoras y señores.

Cuando nuestro director, dando cumplimiento al artº 24 del Reglamento de nuestra Academia me designó para, en nombre de la Corporación, contestar a don Antonio Hermosilla Molina, sentí gran complacencia no exenta de preocupación. Complacencia porque tal designación me permitía trazar la semblanza del doctor Hermosilla, al que conocí en 1951 cuando solicitó prestar sus servicios a la Patria dentro del estamento militar de la I.P.S., más conocida como Milicia Universitaria. Aquel joven aspirante a médico, formó parte de una sana juventud que sabían defender sus ideales y cumplir sus obligaciones, sin ampararse en insumisiones propias de los espíritus ociosos e ignorantes. Transcurridos los años, aquel conocimiento ha cuajado en una auténtica amistad, fortalecida por afinidades y gustos compartidos.

Junto a esta satisfacción, me llenó de inquietud la responsabilidad de tener que ser portavoz de nuestra Academia e incluso comentar la envidia del discurso de ingreso.

Pasadas las primeras impresiones, una vez tomado contacto con el nuevo académico, mi complacencia se vio aumentada y mi preocupación atenuada.

Relatar el amplio y valioso Curriculum de nuestro nuevo compañero es prolijo, por lo que nos limitaremos a señalar solo los hechos más sobresalientes.

Antonio Hermosilla nace en Sevilla en el hogar paterno, sito en el n° 9 de la calle Vida. Estudia el bachillerato en la Escuela francesa y la carrera de Medicina en la Facultad de Sevilla, ingresando por oposición como alumno interno, cuyas prácticas, que duran seis meses, las realiza por mitades como oficial de Infantería y en Sanidad militar. En 1960 contrae matrimonio, instalando su morada en la Plaza de Doña Elvira, donde continúa, y su consulta en la calle Guzmán el Bueno. Nuestro nuevo compañero no abandona el barrio de Santa Cruz. Con ello, no creo exagerar si afirmo, que nacer, crecer y vivir en el corazón de tan emblemático barrio imprime carácter. Si además de sevillano de pura cepa, se dispone de una sensibilidad como la de Antonio Hermosilla, que incluso detiene su deambular para oír mejor las campanadas rituales de la Giralda, no es extraño que rememore pasados históricos sevillanos y recuerde el famoso barrio del Arenal, donde se reunían, soldados que cambiaban Flandes por las Indias y mozos que esperaban el atardecer para acudir a alguno de los Tres Corrales de Comedias, en especial, el popular de Doña Elvira, enclavado en un bello lugar, que fue patio del Palacio de Don Enrique de Trastámara, que al ser incorporado a la vía pública se convirtió en el Corral de las Comedias. Estaba circundado por celosías donde se ocultaban las mujeres, que eran observadas con aire curioso por ese público belicoso, que a la postre era quien decidía con sus gritos o aplausos, el valor de las obras de Lope de Rueda u otros comediantes que allí representaban. Todos estos recuerdos que han influido en el carácter de nuestro nuevo colega, se evidencian a través de sus cualidades de investigador, que no sólo exige paciencia, sino incluso saber apreciar la belleza de las cosas, como por ejemplo contemplar como un rayo de sol ilumina la graciosa fuente de la Plaza de Doña Elvira, como en ocasiones me ha referido nuestro amigo el doctor Hermosilla.

Sus facetas culturales son muy variadas y su historial, muy rico en el aspecto literario.

En sus elocuentes conferencias afluyen los sentimientos plenos de imaginación y amenidad, que le llevaron a ser elegido pregonero de la Semana Santa de Sevilla de 1971. Dignidad que eclipsa otros perfiles de la persona, al identificarse con Sevilla y convertirse en el alma de todos los cofrades. No es fácil ser pregonero y tener que exponer sus conocimientos y razones sobre la Semana Santa a un público experto como el sevillano, que, en su mayoría, lleva dentro de sí su propio pregón repleto de metáforas, donde a veces el verso y la prosa alcanzan altas cimas. Tiene el pregonero que emplear palabras que coincidan con el pensamiento del sevillano que escucha, y hacer de su proclama, no un discurso ni una conferencia o sermón repleto de teología, sino un grito sonoro y acompasado, pleno de palabras emotivas y sugerentes, que sepa llegar al corazón del capillita. Así supo hacerlo Hermosilla en aquella ocasión, no en balde era un devoto Hermano Mayor de la admirable y espléndida cofradía de Santa Cruz.

También nuestro nuevo compañero es prolífico en el arte literario, dando a sus escritos sobrada enjundia y amenidad. Me alargaría demasiado si comentase todas sus obras, son diez y seis y numerosos artículos y conferencias. Entre ellas señalaré la titulada «Cien años de medicina sevillana». Casi 800 páginas de intenso trabajo de investigación, que proporcionan una visión total de la medicina sevillana en el siglo XVIII, y la ingente labor de aquellos hombres beneméritos que supieron llevar el nombre de Sevilla, incluso fuera de nuestras fronteras. El amor que Hermosilla profesa a las biografías tiene mucho de sicología imitativa. No es la afición a las biografías una moda pasajera, sino declaración de un adelanto cultural.

Antonio Hermosilla se vio galardonado por el premio Ateneo de Sevilla en el año 56; el de la Real Academia de Medicina en el 62 y el premio extraordinario del doctorado en 1964. Médico de la Beneficiencia Municipal por oposición, miembro y fundador de la Sociedad Sevillana de Traumatología y Ortopedia, y jefe de Servicio por oposición del S.A.S.

Su mayor cuota literaria la alcanza con el importante y sorprendente trabajo titulado, «La Pasión de Cristo vista por un

médico». Libro de gran tamaño, con profusión de fotografías y dibujos, en la que Hermostilla hace gala de su profesionalidad como médico traumatólogo, experto en la historia de la Pasión y creyente practicante.

Obra de menor entidad pero muy interesante por su contenido, fue la titulada «Los Hospitales de Sevilla», publicada por nuestra Academia, gracias a los auspicios de un entrañable compañero, desgraciadamente desaparecido, y que recoge una temática sugerente. Entre ella, el artículo «Los hospitales reales», escrito por Hermostilla, que comienza con estas palabras: «Este ciclo pensado y organizado por un médico sevillano, maestro, escritor, pensador, defensor de preclaras e íntimas tradiciones de nuestra ciudad, fue don Sebastián García Díaz». Merecidísimos calificativos para el siempre admirado y recordado compañero, y que hoy, podríamos aplicar al que entonces se consideraba su discípulo.

Otro trabajo es el titulado «El despertar de la crisálida», del que sólo comentaré, por no alargar la cita, lo manifestado por Fernández de Andrada, el «Anónimo Sevillano», cuando escribió: «Un ángulo me basta entre mis lares, un libro y un amigo, un sueño breve que no perturben deudas y pesares». Es un libro de bellísima literatura y repleto de anécdotas muy expresivas.

Pero sobre estas cualidades de Hermostilla, resalta de forma elocuente su vocación por la medicina, que le valió ser elegido en 1975, Numerario de la Real Academia de Medicina de Sevilla, e igualmente Numerario de la Sociedad Española de Historia de la Medicina y Presidente de Honor de la Sociedad Monardes de médicos escritores, de la que fue fundador.

Esta vocación casi sacerdotal del médico, porque no basta conocer a fondo la profesión, sino que precisa ser caritativo, desprendido en tiempo y dinero y sobre todo sacrificado, como asegura Hipócrates en su famoso juramento, es además la más cercana a la perfección, aunque haya sufrido desgraciadamente en la actualidad, salvo excepciones, un deterioro en la relación médico-enfermo.

No hay duda que la práctica de la medicina ha evolucionado muchísimo, que el médico sigue sanando al doliente y cumple con el juramento hipocrático donde continúa vigente el respeto y

la protección de la especie humana, pero también hemos de reconocer, como ha dicho Hermosilla, que el trabajo actual en equipo diluye la personalidad, y ello redundaría en menoscabo del humanismo y afabilidad que con tanto celo desarrollaban los médicos de mi juventud.

Don Gregorio Marañón dejó escrito unos pensamientos que no han sido publicados pero figuran en un cuadro en el Colegio de Médicos de Madrid, que dicen:

Si ser médico, es entregar la vida a la misión elegida.

Si ser médico, es hacer de la ambición, nobleza; del interés, generosidad; del tiempo, destiempo.

Si ser médico, es infinito amor a nuestros semejantes y acogerlo, sea quien sea, con el corazón y el alma abiertos, de par en par.

Entonces ser médico, es, la divina ilusión de que el dolor sea goce, la enfermedad salud, y la muerte vida.

Algún día todos hemos de ser pacientes, por eso queremos encontrarnos con un médico con la Moral de Antonio Hermosilla, que ve en el enfermo un ser humano y no un número. Y al decir Moral, entramos en la disputa de si el buen médico debe atender más a la Etica o a la Moral. La Etica es más teórica, tiene mayor connotación con la ley natural, es el cumplimiento de los deberes del hombre; mientras que la Moral, se caracteriza por su dimensión más religiosa y por tanto más universal, ya que antepone las facultades del espíritu a lo físico.

A este respecto decía Ortega, desde su perspectiva de filósofo: «Un hombre sin moral es simplemente un hombre que no está en posesión de sí, que está fuera de su autenticidad y por ello no vive su vida, ni crea, ni fecunda su destino».

Pero también hemos de recordar las palabras del Padre Arrupe, médico y padre general de la Compañía de Jesús, al referirse a la Moral Cristiana aplicada a la medicina, cuando afirmaba que, «allá donde desaparece el concepto de religión, empiezan a ser falsas las conclusiones de la medicina».

Decíamos, que la relación médico-enfermo ha cambiado mucho. Los avances científicos y la creciente colectivización de la asistencia médica han impulsado estos cambios.

En ocasiones le he oído al Dr. Hermosilla lo comprometido que es para el médico la decisión de dictar un diagnóstico y decidir el tratamiento a un enfermo con patología irreversible, si debe ingresar en una UCI o sólo utilizar los cuidados necesarios que le permitan morir con dignidad.

Antonio Hermosilla, como buen cristiano, tiene claro no aplicar la Eutanasia activa, a pesar de que significa «buena muerte», acatando las palabras del Papa Juan Pablo II en la Encíclica *Evangeliium Vitae*, y porque se perdería el interés por ancianos, y minusválidos.

En fin, todas estas cualidades, tanto las profesionales, literarias y humanas, que hemos señalado en nuestro nuevo académico, constituyen los méritos que nuestra Academia valora para la elección de un candidato a Numerario.

Pero sin temor a equivocarme, me atrevería a manifestar, que no todos los méritos de Antonio Hermosilla son plenamente suyos, son bienes gananciales, que en gran parte corresponden a su esposa Esperanza, ángel de la moderación, singular secretaria y animadora constante de los trabajos de su esposo, que hace realidad lo escrito por el sabio agustino fray Luis de León en «La Perfecta Casada», cuando decía que: «una de las venturas que hay sobre la tierra es la buena mujer, afamada, pulcra, hacendosa, conversadora, cumpliendo el bien en espera de su amado». Y esto me hace reflexionar, como por lo general los matrimonios hablan, a veces mucho, pero conversan poco. Y conversar, como dice el diccionario, es «vivir en compañía». De ahí el consejo, que Santa Teresa daba a sus monjitas cuando les decían que fuesen conversables. Vocablo que me hizo consultar y aprender, que significaba: sociable, tratable, comunicable.

Finalmente, he de dar cumplimiento al encargo recibido de comentar el discurso que nos ha ofrecido el nuevo académico, que ya mereció en la lectura privada las máximas calificaciones. El Doctor Hermosilla nos ha presentado unas reflexiones de profundo contenido académico y una hermosa lección de literatura, empleando una prosa limpia y elegante, que nos atreveríamos a opinar como Fernando de Herrera, el «Divino» cuando escribió: «El mayor anhelo de todo humanista es el culto, a fuerza de trabajar el espíritu hacia la formal belleza de la palabra».

El discurso que acabamos de escuchar es un trabajo de investigación, histórico y de vehemente actualidad. En el mismo hace referencia de las culturas y diferentes pensamientos, según la época, y de la retribución del trabajo del médico, que abarca desde el altruismo a la codicia humana.

Descuella sobre sus palabras y citas, una postura desprendida en el ejercicio profesional donde hay que socorrer por igual al necesitado, que al opulento, bajo el prisma de una labor caritativa y casi sacerdotal.

En este interesante Discurso hemos oído, desde la sátira y la ironía, donde el Dr. Hermosilla no ha querido huir de la hiriente crítica, con que en muchas ocasiones ha sido objeto la profesión médica, lo que supone por su parte una amplitud de miras y benevolencia.

Trabajo arduo, erudito, con múltiples referencias de todos los tiempos hasta llegar a la actualidad, donde el médico forma parte, casi siempre, de ese engranaje oficial y estatal como asalariado de Estado.

A pesar de todos los vaivenes sociales, nos ha dicho nuestro nuevo compañero, que no ha perdido el médico su protagonismo y su valía. A él recurrimos siempre con la esperanza de que cure nuestras enfermedades y la profilaxis de ellas, estudios que constituyen una de las batallas de la Medicina de nuestros días, y en donde se ha alcanzado medios tecnológicos como el TAC, la ecografía, la tomografía, la resonancia magnética y otros adelantos, como la insulina artificial, el Interfeón Alfa y Beta y todo el arsenal que hoy representa las nuevas anestésias, para empezar a asomarnos a terrenos insospechados como la «ingeniería genética». El futuro tendrá la palabra, como afirma el doctor Hermosilla.

Y termino, con el gozo de dar la enhorabuena a este sevillano ilustre, que, últimamente ha sido elegido Presidente del Ateneo de esta Sevilla, ciudad de los milagros, como la llamaría nuestro gran poeta Gustavo Adolfo Bécquer, quizás recordando, entre otros, el ocurrido con los rosales que Miguel Mañara llevó consigo al ingresar en la Santa Caridad, los cuales, a pesar de los tres siglos transcurridos, como si estuvieran dotados de una savia inmortal, siguen floreciendo todas las primaveras. Lo que nos hace recordar la eterna sabiduría de Jesús, cuando decía: «Mirad las flores». Por-

que también las flores tienen su milagro silencioso, cual es el de dar belleza y aroma, sin cuenta ni regateo.

Señores Académicos, Señoras y Señores, permitanme que debido a mi carácter castrense, tan propenso a sintetizar, finalice en esta ocasión considerando telegráficamente la personalidad del nuevo académico. Antonio Hermosilla Molina, es médico que ejerce la medicina con sabiduría y amor. Buen orador. Escritor ameno. Humanista y profundo investigador. Que con su presencia da continuidad a la tradición de nuestra Corporación de integrar entre sus numerarios a un médico.

Por eso, la Academia ha querido traerlo a su seno, atenta siempre a valorar a los hombres de saber. Para mí es muy grato, en nombre de la Academia, dar al Excelentísimo Señor Don Antonio Hermosilla Molina, los más expresivos parabienes, deseándole largos y fructíferos años, para bien suyo y de esta Real Corporación, que se honra en acogerlo en la nómina de sus Numerarios.

Muchas gracias.